

La mujer no siente el espanto espiritual. He aquí la ventaja de la criolla en el paisaje americano! Ella no usa su espíritu; no lo malgasta».

El libro destila una amargura saludable. Joaquín Edwards mira el país como un todo en formación y además nos parece lo suficientemente extranjero para mirarlo desde afuera. Otro claro ejemplo de esto en nuestra literatura son las novelas y cuentos tan objetivos de Mariano Latorre. La amargura de «En el viejo Almendral» delata una fuerte preocupación, sin dogmática ni teoría importadas, por la suerte nacional. Tal vez fué esto lo que nos alentó a aplaudirlo larga y cálidamente aquella tarde en el salón de honor de la Universidad de Chile cuando se le entregó el premio nacional de literatura. El premiado dijo aquella vez: en Valparaíso, señores, se nace por casualidad. Y algún bravo baronino le respondió a pulmón pleno desde lo más alto de la sala confiriendo inmensa emoción al acto; ¡Viva Valparaíso!—FERNANDO URIARTE.



PRESENCIA DE CHILE, de *Luis Durand*

Cuando en París, preparaba el viaje a Chile me cansé de seguir librerías y bibliotecas en busca de libros que me diesen una visión de ese país, sin conseguir en definitiva nada que pudiese anticiparme la realidad, la presencia de Chile.

En la calle de la Paz existía entonces una librería inglesa que se dedicaba especialmente a la producción americana, y allí me fué fácil hallar títulos muy interesantes de la producción editorial venezolana, uruguaya, ecuatoriana, sin hablar ya de Argentina, Brasil, Mexico, etc. Nada, absolutamente nada de Chile. Ni un baedeker. Ni una revista de turismo. Ni un mapa.

No exagero. Me dí cuenta, ya entonces, que en turismo

los chilenos no habían dedicado muchas energías. Y cuando, aquí, he comprobado esta tradición de desinterés para la expansión cultural de todo lo que realmente tiene valor (en tantos órdenes de una generosidad excepcional), no puedo menos de lamentar que no se reaccione a esa corriente y no se dediquen apresuradamente a crear organismos adecuados para lanzar a todas las partes del mundo volúmenes, folletos, antologías, porfolios, colecciones enteras de divulgación del estado actual de la cultura chilena, de su política, de su grandiosa obra social, de su arte, etc.

En los tres años de felicidad chilena, que han sido suficiente para sentirme chileno de adopción, con el mayor cariño que pueda sentirse para una segunda patria, he visto producirse dos obras que inician admirablemente un camino que ya no debería dejarse. Nos referimos al ensayo de Benjamín Subercaseaux «Chile, o una loca geografía» y «Presencia de Chile» de Luis Durand.

La obra de Subercaseaux me dió la impresión de un chileno que sin conocer a fondo su patria, de la cual hubiese pasado años y años apartado, se decide por fin a conocerla y su descubrimiento lo entusiasma en tal manera que en voz alta habla de ella y la explica, haciendo comparaciones, ayudándose de estadísticas, y supliendo con su intuición lo que no ha visto muy despacio o no ha visto simplemente. El «Chile» de Subercaseaux es efectivamente Chile, pero visto de fuera a adentro.

En cambio la obra de Durand es otra cosa: es el Chile de adentro hacia afuera. Es el Chile del chileno. Es el Chile auténtico. Que un extranjero no sabría explicar y que un propio chileno sin haber pasado toda una vida entre los huasos y las tonadas, los fundos y los caballos, el tinto y el desierto, no podría nunca ofrecernos tan al desnudo. Las dos obras se completan. Y es bueno leer primero a Subercaseaux, para convenirse luego que su introducción a Chile no es más que una introducción para llegar a la «Presencia de Chile» de Durand.

El ensayo de Durand tiene la virtud de no ser una obra de turismo, de no ser una obra «panorámica». No necesita Durand estadísticas, mapas, fotografías. A través de sus correrías con los campesinos, a través de sus horas en el desierto del norte, siguiendo sus fiestas de cuecas y tonadas, junto a sus caballos, Chile va adentrándose en nosotros, y conociendo un poco a Chile llegamos a comprenderlo mejor, a admirarlo más, a quererlo con toda la fuerza de nuestra alma. El campesino chileno, especialmente, se convierte en un personaje tan estimado que nunca más nada ni nadie podrá borrarlo de nuestra vida. Con personalidad propia: desaparecen todos los tópicos de ingerencias de otras razas o de otras civilizaciones. El campesino, el roto, el huaso chileno toma proporciones tales que seguramente ni el propio Durand imaginó cuando lo plasmaba que lo creaba para la posteridad.

No se crea un tipo nacional. No se escribe una obra para la posteridad a plena conciencia de escribirla. Todos los intentos de crear personajes representativos de una época o de un pueblo, fallan.

En cambio cuando el autor está compenetrado con un personaje que no intenta crearlo sino transfigurarse en él, como es el caso de Luis Durand, la obra sale con toda la fuerza de eternidad.

«La Presencia de Chile» de Durand es una obra que debiera editarse a millares de ejemplares y traducirla, y enviarla a todas las embajadas de Chile para su divulgación. Algunos capítulos de ese admirable ensayo, como «Elogio de la tonada», «Visión del campesino chileno» e «Interpretación de la cueca», son piezas antológicas puras. Y un capítulo especialmente merece elogio por encima de todos: «El caballo chileno», Luis Durand ha escrito con «su presencia de Chile», lo mejor de su producción literaria.

Algún día (quizá cercano) será posible que los países hoy en constante trepidación trágica, hallen nuevamente el equili-

brio y se produzca entonces un nuevo éxodo: muchos de los que vivimos fuera de nuestras patrias podremos volver a nuestras casas, a nuestras montañas, con nuestros campesinos y con nuestros caballos. Ah!, pero cuando ese día llegue, gracias a Luis Durand, conmigo vendrá mi Chile: mi Chile palpitante en esas páginas de sangre y de sol, de canciones y de cariño, que se titula «Presencia de Chile» y que no se apartará de mi mano.—FRANCESC TRABAL.



POETAS EN EL DESTIERRO, por *José R. Morales*. Cruz del Sur.

Mucho tiempo hacía que esperábamos esté libro. Muchas voces amigas lo agitaban en el espacio y presentíamos que la poesía que lo portaba se escurría por los caminos del silencio, marcando una etapa fugaz, de cierta incertidumbre estética de quienes estamos acostumbrados a gustar calidad verídica en cuanto a forma y a fondo. En esa espera, pues, había—desde luego—mucho de novedad, de presagio inconcluso, de virtud casi vanal.

Con la publicación de la obra no quedó sino la verdad completa. Es decir, la poesía.

Porque esté ella en el destierro o no, es la misma. Se valoriza por sí sola, sin necesidad de complementarse, porque con ella no gana ni pierde nada para su esencia final o para su principio vital. Es el destierro algo así como la circunstancia. Duele con o sin poesía. Y cuando se suma a esa poesía, no hace sino coger algo que siempre tuvo, que siempre necesitó, que llevó siempre consigo.

Por ello, el título de la obra dice, de acuerdo con el caso, mucho más de lo que piensa. Y de esto, los poetas españoles se encargan con una premura olvidadiza, de sentimiento verdadero. Cantan o no cantan al destierro. Lo llevan en sí como algo